

ESCRITORES MURCIANOS OLVIDADOS

ANTONIO CRESPO

Son bastantes los escritores murcianos que, a pesar de haber creado una obra literaria de cierto mérito, han quedado semiolvidados. Los motivos son difíciles de entender, aunque tal vez influya el carácter murciano, propicio a la apatía, a la desgana, a dejar correr el tiempo sin preocupación por resaltar algunos valores dignos de elogio y de recuerdo. No lo sabemos con certeza. El caso es que hay escritores de época muy cercana cuya aportación a la literatura, siendo muy estimable, está como difuminada, como desvaída, tal vez porque en su momento no fue bien valorada. Por supuesto, sus mejores libros no han sido reimpresos, ni dados a la luz los que dejaron sin publicar; tampoco se les menciona en las historias de la literatura regional. Las páginas que siguen intentan llamar la atención sobre algunos de estos escritores, cuyos nombres, eso sí, resultan familiares a muchísimos murcianos, pero no lo más importante de todo: su obra literaria, escrita en ocasiones con un alto nivel de calidad.

Debido a la mayor amplitud de dicha obra literaria, comenzaremos con el sacerdote Juan Hernández y continuaremos con Matías Sánchez-Carrasco y Felipe Palacios, tres hombres curiosamente vinculados con el mundo de la radiodifusión.

Juan Hernández Fernández nació en Murcia, en 1925, cursó estudios en el Seminario de San Fulgencio (en el que más tarde ejerció de profesor) y fue coadyutor y párroco en varias iglesias murcianas. Se hizo popular por sus programas de Radio Juventud, en la época "dorada" de esta emisora, especialmente con *Antorcha*, que subtítulo "Respuesta cristiana a las inquietudes del hombre de hoy". Era el suyo un estilo nuevo de predicación religiosa, más próximo, más directo que lo usual, alejado de los moldes tradicionales. Ya dijo en una ocasión que no quería que el micrófono se convirtiese en un sucursal del púlpito¹, aunque en este hubiera alcan-

¹ Revista *Antena*, nº 1. Murcia, 1954.



zado gran notoriedad por su brillantez oratoria. También para la radio escribió semanalmente, durante muchos meses, *Evangelio vivo*, una atrayente escenificación de las páginas evangélicas. Fueron muy escuchados y elogiados igualmente sus varios emotivos *Pregonos* de la Semana Santa murciana. Pero todo esto no pasaría de ser hoy palabras perdidas en el viento si una parte de sus escritos no hubiese alcanzado la perdurabilidad de la letra impresa. Merced a ello, nos quedan varias series de artículos en *La Verdad* y, sobre todo, en forma de libros, cuatro pequeños volúmenes que van desde la biografía a la prosa lírica, pasando incluso por la novela.

Respecto a sus colaboraciones en *La Verdad*, señalaremos *Los caminos de Italia* —siete artículos de 1955— y dos largos seriales: *Por tierras del Evangelio*, semanal, que se inició el 24 diciembre de 1955 y duró todo un año, y *Los pasos de Dios en la tierra*, que enlazó con el anterior el 23 diciembre de 1956. Eran supuestas crónicas de un testigo de la vida de Jesús.

Conviene señalar que dejó una abundante obra dispersa en revistas y otros periódicos, y hasta páginas inéditas ordenadas en proyectos de libros, como las tituladas *Acuarelas romanas*, fruto de sus varias estancias en la capital de Italia. Entre la obra dispersa a que aludimos se encuentran algunos inspirados poemas de carácter religioso.

Falleció en 1982, víctima de una cruel enfermedad que enmudeció durante largo tiempo su peculiar voz. Algunos meses antes de su muerte, el obispo Javier Azagra lo nombró canónigo de la Catedral, el anhelo de su niñez. Con este motivo se le tributó un homenaje multitudinario.

Su primer libro fue *El cura Valera* (1955), una estampa biográfica sobre este sacerdote, que ejerció su ministerio en varios pueblos de la diócesis, especialmente en Huércal-Overa, donde dejó, al parecer, un imborrable recuerdo. De este Salvador Valera escribió Juan Hernández que su predicación era genuinamente apostólica frente a las tendencias de la oratoria culta. Como complemento de lo estrictamente biográfico, el autor añadió oportunas reflexiones sobre el sacerdocio. Un comentarista de esta obra señaló, sin firma, que se había “pergeñado con galas de alto valor literario”².

En *Flores del santo rosario* (1956) asomaba la vena poética de Juan Hernández. Contaba el autor en un oportuno prologo que en el último año mariano numerosas familias “se reunían junto al aparato de radio para seguir el rezo del rosario de la Virgen que Radio Juventud lanzaba todas las tardes”. Para cada uno de los “misterios” escribió una serie de textos breves que intentaban ser un “ideario de buen amor”. Estos “pensamientos” eran “unas veces, atrevidos y fuertes; amables e ingenuos, como miniaturas, otras”, pero siempre “como un grito de luz en la tarde” y “alados como el viento”.

² *La Verdad*, 2-12-1955.



La primera de estas “flores” decía así: “Vino Dios calladamente... Cuando el alba estaba virgen y silenciosa... Cuando el pájaro callaba y la flor dormía... Es el momento soberano de la mañana naciente. / Vino Dios para estar siempre callado y silencioso... Y, sin embargo, para gritar y decir la palabra del amor y de la paz”.

En igual tónica están las demás “flores”, teñidas siempre de sencillo lirismo y de fervor. Después de casi cincuenta años en que fueron escritas, conservan el mismo aroma, la misma devota candidez.

Un comentarista, sin firma, señaló que se trataba de “un volumen de contenido verdaderamente sugestivo”, obra de “un genuino poeta” y que sus páginas eran “fruto de hondos y suaves lirismos”³.

El *Breviario de las cosas pequeñas* (1982) es una recopilación de textos radiofónicos y lleva el subtítulo de “Oraciones mínimas para hablar con Dios en voz baja”. Merece la pena detenernos en poco en la gestación de este libro, que nunca lo pensó como tal su autor. Juan Hernández jamás se desligó del campo de la radio, cuyas normas de estilo –frases breves, nada de incisos- hizo suyas plenamente. Cuando perdió la voz, por la enfermedad que lo llevó a la muerte, siguió colaborando en Radio Juventud (ya entonces “Radiocadena Española”), aunque sus textos no iban a ser leídos por él. Fue Adolfo Fernández, director de la emisora, quien le prestó su voz cada mediodía para difundir los sencillos salmos –o plegarias, o cánticos, como ustedes quieran- que ensalzaban a las personas y las cosas más humildes del mundo que nos rodea. Así, durante todo un año –él último de su laboriosa vida-, Juan Hernández lanzó al aire estas singulares estampas de amor, comprensión y solidaridad.

Señala Baldo Ferrer en la introducción al libro que Juan Hernández “fue un poeta que escribió en excelente prosa” y que lo mejor de su obra “está escrito en el viento azul de Murcia y para siempre estará en él”. Por ello, hay que valorar como acertadísima la iniciativa del propio Baldo, Adolfo Fernández y otros amigos, de editar este breviario para legar a la posteridad unas páginas tan bellamente concebidas como bellamente expresadas. Por desgracia, salió a la luz en vísperas de la Navidad de 1982, cuando su autor ya no pudo verlo.

Este centenar y pico de “glosas” revelan la sensibilidad y el personal estilo de Juan Hernández que, tocado de un grato franciscanismo, detuvo su mirada en parcelas de la vida a las que generalmente no prestamos atención. Por ejemplo, a las palomas “traspasadas de altísimas nieves, como almendros escapados del suelo”. O a las luciérnagas, “farolillos venecianos para la verbena de las hormigas”. O a las macetas, que “dialogan con los pájaros de los aleros y les ofrecen generosamente la pobreza de su tierra humilde”.

Y así, en este tono de fervorosa exaltación de lo sencillo, desfilan por estas páginas las hojas caídas en el otoño, el café de cada mañana, las manos que cuidan a los enfermos, la “gloria vertical” de la palmera, los mecánicos, los alfareros, el

³ *La Verdad*, 18-11-1956.



“humilde sol” de febrero, las bicicletas, las limpiadoras, los alhelfes, la arcilla, los grillos insomnes...

El libro concluye con una plegaria por “los hombres de la radio”, que son, para el autor, “como arcángeles nuevos que cabalgan a lomos de las ondas” y que establecen “maravillosos puentes para la comunicación de las ideas”.

Mucho más tarde, siete años después de su fallecimiento, se editó su novela *Hoy estarás conmigo* (1989), en una colección creada por la Federación Regional de Peñas Huertanas. La obra había sido escrita hacia 1975 y presentada a un concurso cuyo premio quedó desierto injustamente. Estuvo próxima a ser publicada por Leandro Conesa en su pequeña empresa “Ediciones 23-27”, pero tampoco llegó a cuajar el proyecto. Con razón señaló Baldo Ferrer en el prólogo que Juan Hernández “tenía perfectamente asumida la idea de que su copiosa producción literaria estaba irremediabilmente destinada al olvido”. Menos mal que el propio Cánovas consiguió que las Peñas Huertanas asumieran los gastos de la edición. Gracias a ello, contamos –dentro de la escasa novelística murciana– con este libro, que descubre una faceta nueva de su autor.

La obra plantea la imaginaria transmutación a la vida de hoy de unos personajes esculpidos por Salzillo para la Semana Santa murciana. Y no los más cercanos al afecto de los fieles, sino todo lo contrario: los malvados, los réprobos, los que inspiran desprecio y rechazo; en concreto, los dos “sayones” que flagelan el cuerpo de Jesús en el *paso* de “Los azotes”. El autor los llama con los apodos de “El Revirao” y “Mancaperro”. También intervienen en la acción “Magdalena” –representada por una meretriz de la calle de La Cuesta– y don Pedro, párroco de San Nicolás, trasunto del primer apóstol, y que, como él, negó a Cristo por cobardía en su juventud.

Con estos originales materiales, el autor creó una historia áspera y lacerante, donde su plantean importantes cuestiones teológicas y sociológicas: el perdón de los pecadores, la vocación sacerdotal, la hipocresía de ciertos sectores... La narración fluye sin altibajos, en una atmósfera que recuerda la novela realista española de los años 50, sin concesiones líricas –salvo algún momento aislado– y con un firme propósito que podríamos llamar testimonial. El ambiente de la Cuesta de la Magdalena, con sus oscuros tugurios y sus tipos broncos, está reflejado con vigor a través de unos diálogos muy cercanos a la turbia realidad del barrio en que se inscribe la acción. Al final, en otro vuelco imaginativo, los dos “sayones” recuperan su estructura de imágenes salzillescas e intercambian palabras sobre la procesión, a la que el autor dedica unas expresivas páginas, donde no faltan las cruces al hombro, los “auroros”, las largas trompetas, los tambores destemplados, junto a breves pinceladas sobre la ciudad y sus cambios urbanísticos. Y así leemos: “De un año para otro, la ciudad estaba desconocida. Edificios altos, de aire moderno... Calles amplias... / Es una pena que para lograrlo destruyeran rincones bellos y apacibles, calles angostas y sombreadas, caserones nobles y patricios...”

Esta es, sin embargo, una pequeña parcela del libro, cuyo núcleo central está en el sórdido barrio de “La Cuesta” y en sus tipos hoscos y agresivos. Menos mal



que al final hay un desenlace esperanzador, con el hallazgo de la fe perdida de "El Revirao", que reconforta al lector como remate de una historia más bien sombría y turbadora. El recurso literario está utilizado con habilidad: el descreído "sayón" percibe en su rostro las salpicaduras de sangre del hombre flagelado y siente un cambio en su vida: "Y se hizo la luz en su interior. Una claridad suave, como el día cuando amanece. / Y la luz crecía, deslumbradora, estallante, invadiendo todos los rincones de su alma. / La claridad le envolvía. Una sensación de paz acariciaba su corazón con misteriosos dedos".

Tiene razón Baldo Ferrer cuando señala en el prólogo que "*Hoy estarás conmigo* no puede ser considerada como típica muestra representativa del estilo literario del autor". Es verdad. La prosa luminosa, rica en imágenes y metáforas, de Juan Hernández queda ausente de estas páginas. Pero ello no resta interés a un libro que fue escrito con gran valentía y decisión. De él se comentó que era "un relato en que el protagonista (...) y sus circunstancias de pobreza, maldad e ignorancia" daban pie al autor "para repasar multitud de temas (el mal, la riqueza, los curas, la existencia de Dios, el desengaño, la hipocresía, la traición, el perdón...) desde un punto de vista cristiano"⁴.

Siempre inquieto y buscador de nuevos caminos, Juan Hernández tanteó en 1958 el terreno del teatro. En Navidad, estrenó en la Casa de Cultura una pieza corta, *Y vieron a Dios*, puesta en escena por un "Grupo de Teatro Joven", dirigido por Baldo Ferrer. La protagonizó Julio Navarro y la escenografía estuvo a cargo de José María Falgas e Ismael Visedo. Era una traslación del nacimiento de Jesús a los tiempos actuales, en circunstancias semejantes a las auténticas. El núcleo de la breve acción estaba en la búsqueda de posada por parte de José y María, cuando ésta va a dar a luz. Tuvo muy buena acogida la obra, en la que se percibía la vena poética del autor.

Matías Sánchez-Carrasco y Calabria nació en Valdepeñas (Ciudad Real) en 1929. Se licenció en Derecho y ocupó el cargo de director de Radio Juventud en su ciudad natal desde 1957 a 1965. En esta última fecha, recién creados los centros emisores de Radio Nacional de España en varias provincias, se trasladó a Murcia como redactor radiofónico. Trabajó como tal durante diez años, pasados los cuales ascendió a redactor-jefe hasta su jubilación. Se dio la circunstancia de que en el departamento que dirigía trabajaban dos notables escritores murcianos: Antonio Segado del Olmo y Francisco Alemán Sainz. Perteneció a la Asociación de la Prensa de Murcia, en algunas de cuyas actividades culturales participó. Mantuvo colaboraciones en el diario *La Verdad*, con numerosas reseñas de libros nuevos, y en la *Hoja del Lunes*, donde escribió semanalmente, durante muchos meses, comentarios ligeros, de tono humorístico, sobre los partidos de fútbol de La Condomina.

Aunque manchego de nacimiento y juventud, Sánchez-Carrasco puede considerarse escritor murciano, ya que toda su producción literaria, plasmada en tres libros, la creó en Murcia. En el primero de ellos hay elogiosas referencias murcianas,

⁴ M. Moreno Requena. *La Verdad*, 16-7-1989.



pero es en el segundo, *Ciudad al paso*, donde la tierra de acogida se alza como inspiración total, absoluta. Falleció en 1998.

Canto por vosotros (1974) inauguró una colección de Ediciones Marte, de Barcelona, que pretendía ser “representativa de la nueva poesía española”. Tomás Salvador, propietario de la empresa y novelista de prestigio, escribió un interesante prólogo para el libro de Matías, a quien conoció y trató en sus visitas a Murcia como jurado de algunos premios literarios. Señaló que en estos versos se hallaban voces “elementales, sencillas, naturales” que se unificaban en los temas de siempre: la ausencia, las tierras del pasado y del presente, la angustia del vivir, la fe de soñar, el amor, los hijos, los amigos... Y matizó que, aunque las palabras del poeta fueran las mismas de otros poetas eran diferentes en cuanto que tendían un hilo invisible hasta el lector, por el que transitaba “el estado de ánimo, la urgencia o la serenidad”. Concluyó diciendo que estos cantos fluían por unos cauces muy personales, muy íntimos, que comenzaron en la infancia y terminaban en un hombre que vivía “entre la alegría de lo conseguido y la tristeza de lo que se escapó y se escapa por la brecha abierta del tiempo y la vida”.

Poesía, en fin, existencial, profunda, exenta de ropajes innecesarios, orientada hacia los seres y las cosas que forman el contorno de nuestro vivir cotidiano.

Empieza la obra con una breve reflexión sobre el tiempo, que los hombres gastan *sin más afán / que aturdirse en empleos, / que drogarse de urgencias*, en vez de *respirar el verso / de la tierra toda*. Son las voces de estos hombres las que, desde sus prisas, *desde su luz cegada*, parecen pedirle que cante por ellos, *como clara señal de que todo / lo que está a punto de perderse / está también / a punto de salvarse*.

Sánchez-Carrasco asume esa misión, que podríamos decir redentora (aunque el término resulte ampuloso), como contrapunto al mercantilismo, a la “escalada” profesional, a la ambición...

Y lo hace por varios caminos: uno de ellos, con el canto a las cosas sencillas. Por ejemplo, en el poema “Oración por los seres y las cosas vulgares” dice:

*Te pido por la rosa que muere cada tarde
en el búcaro antiguo de la cómoda buena,
por el clavel cautivo en las hojas del libro...*

En términos parecidos muestra su efusión por la escoba de caña, por la vendedora de turrón, por los chicos rapados del hospicio, por el niño que gime en una esquina... Un tono de cordial franciscanismo le hace decir “hermana bicicleta” en un momento.

El amor (*Ayer no estabas tú. Te presentía*), la soledad (*Alguna vez me veo desgarrado / del tronco de la estirpe*), los paisajes perdidos (“*Ruidera del silencio*”), el fervor religioso (*Dios está en todas partes, compañero*) o la música (“*Siete sonetos para coral y orquesta*”), son motivaciones gratamente expresadas en estas



páginas, en las que no faltan algunas referencias locales como inspiración (la plaza de Belluga, el Mar Menor...).

Al margen de algunos leves prosaísmos en ciertos poemas largos, como la "Elegía de un oficinista", el libro es un compendio de aciertos poéticos, tanto en los abundantes versos de leve rima como en los inspirados sonetos. Modelo del primer caso podría ser el emotivo "Hablo al hijo que llega", donde leemos:

*Ahora he de sembrarme ternura. Y en mis manos
poner la suavidad que te acaricie.
En los ojos... los tengo ya brillantes del rocío
que pone la alegría al presentirte.*

Los sonetos son una baza fuerte del poeta, que los construye con facilidad: "Siembra", "Era", "Noria"... Incluso hace alarde de virtuosismo, encadenando al último verso de un soneto con el primero del siguiente, no en su literalidad, pero sí en la idea y en una porción de sus palabras. Así, un soneto concluye "por los hondos, la angustia de perderte", y el siguiente empieza "De perderte y hallarte cada día". Otro caso semejante: "este anhelo vital de lo imposible", seguido de "De lo imposible el aire se me escapa".

Hay también en *Canto por vosotros* imágenes novedosas: "La Unión hace del canto golondrina / que anida su trinar en la taranta". Otro ejemplo: "sinfonía en flor mayor que desconcierta". Otro más: "La rosa hace cursillos de pétalos audaces". Y hasta singulares juegos de palabras:

*si enredando la pobre enredadera
enredara este velo...*

O este otro caso:

*si aprendiera a aprender considerando
el trino que trinando desespera...*

Un libro, en suma, interesante, que pasó un tanto desapercibido en su momento.

Ciudad al paso (1977) quedó finalista en el premio "Polo de Medina" y fue editado por la Diputación Provincial, con ilustraciones de Muñoz Barberán.

A diferencia del anterior, *Ciudad al paso* es un compendio de sonetos, cincuenta en total, precedidos de una "Confesión de parte", poema en heptasílabos sin rima, donde el autor explica, en cierto modo, la razón del libro. En él confiesa no conocer la historia de la ciudad desde sus lejanos orígenes, ni su transformación urbanística a lo largo del tiempo, pero declara que desea aprenderse su espíritu en *la emoción cotidiana / de su descubrimiento*.

Vivía el poeta en el barrio de El Carmen, cerca de una factoría de exportación de naranjas, desaparecida después. Todos los días iba -y venía- andando hasta la sede de Radio Nacional, casi siempre por el mismo o parecido itinerario. A todas las calles y plazas de su recorrido cotidiano dedicó su correspondiente soneto. También,



a paseos, estatuas, jardines, escaparates... A la vida, en fin, que sale "al paso" cuando andamos por la ciudad, incluidas –cómo no- sus gentes: los viejos que toman el sol apaciblemente, las parejas que se besan en las aceras o la colegiala que llora, no sabemos por qué, en la puerta de un Instituto.

La contemplación de este pequeño mundo adquiere en Sánchez-Carrasco una resonancia poética encomiable, entre la exaltación gozosa y la, a veces, suave melancolía.

En su diario recorrido por la ciudad, los lugares adquieren una luz nueva, una faz distinta: es el milagro de ser contemplados por los ojos de un poeta. La misma factoría de las naranjas, en el arranque del itinerario, es un *barco gigante*, y el puente de hierro, *boca de tiburón y ancho abanico*, junto al cual la zona verde aparece como *la más pura / versión de la esperanza renacida*. Después, la torre de la Catedral, *ensueño de un enroque en piedra y roca*; la Trapería y Platería, *naves de plata, canales de nostalgia en bancarrota*, y la plaza de Santo Domingo, cuyo soneto comienza con este bello cuarteto:

*¡Ay quién pudiera estar en la ribera
candente de esta plaza, en la ensenada
vital de su corriente, en la parada
juvenil y riente de su acera!*

No faltan el arco de la Aurora, *brisa del sur y soledad primaria*, ni las callejuelas donde *surge al paso la copla de los bares*. Y especial mención merece la Glorieta, donde al sol se le aligera *su deseo de rendir a luz y fuego / este reducto de la primavera*; una Glorieta presidida por la estatua del cardenal Belluga con *espada y cruz en remo conjugados* y a la que el poeta asocia, de noche, con la lejana Marienbad, *de luces desvaídas en sombría / circunscripción de soledad reinante*. Y el Malecón, *muralla y cerco de aguas en riada*, cuyo recorrido es *singladura / sin límite de azul a la mirada*.

La imaginación le lleva a *soñar a Murcia capital marina; soñar la huerta mar casi a la mano* y a *repetir la ilusión de fuente y juego* al contemplar el jardín de Floridablanca *en flor de monumentos*.

Hay, todavía, muchos temas que no se han enumerado y que dan pie a inspirados sonetos: la ciudad en verano, *bajo el ardor de agosto desbocado*; los derribos de edificios viejos, que dejan al descubierto en sus muros una *intimidación violada sin pudores*; los pájaros callejeros, *música oculta que la tarde apresa*, o los seres innominados que circulan como *autómatas vivientes en esencia*.

El sentimiento religioso de Sánchez-Carrasco está latente en muchos de estos poemas, pero queda explícito en los dos sonetos finales –uno de ellos en recuerdo de César Vallejo- donde escribe:

*Sombra que soy, al paso de la vida
me voy rindiendo al sol más penetrable;
voy gastando mi sombra en esperanza*



*de la luz que nos tienen prometida.
Ciudad de luz ahora inalcanzable
que tan solo la muerte nos alcanza.*

En prosa escribió Sánchez-Carrasco *Sabor a fútbol* (1982), colección de diez cuentos sobre el llamado deporte rey, que editó la Caja de Ahorros Provincial de Murcia y prologó el conocido locutor radiofónico Matías Prats.

Destaca el prologuista la habilidad del autor para aunar, sin violencia, imaginación y dato documental, así como “la sencillez con que la pluralidad de sus mensajes llega al lector”. No obstante, estos relatos no alcanzan el nivel de su poesía. Están escritos con corrección, con buen oficio, con sutiles notas de humor a veces, pero Sánchez-Carrasco no aplica a sus narraciones algunas normas fundamentales de ese género tan difícil que es el cuento: su –relativa al menos- brevedad y, sobre todo, su exacta concisión. Las historias de *Sabor a fútbol* resultan demasiado largas –una de ellas, más de 40 páginas- y carecen de la “reducción a lo esencial” que precisa esta faceta literaria.

Son diez relatos de muy variado enfoque, dentro del común denominador del fútbol. Unas veces se fantasea con una retransmisión televisiva para los bienaventurados del cielo (como en “Anticipo celeste”); en otras se plantea el problema del fútbol femenino (“Sex bol” y “Confidential Board”), la cuestión del dopaje (“Persitora”) o la estrategia para la captación de un socio (“Rojo y blanco”). Los dos más descolantes a nuestro juicio son “La forofa” –que también destaca Matías Prats- y “El encuentro simbólico”. El primero cuenta la astucia de una mujer, que se convierte en tenaz seguidora de un equipo por todos los estadios, para que su marido no la engañe en sus desplazamientos deportivos. El segundo explica las peripecias de un partido de fútbol en el que el club contrario no comparece.

Felipe Palacios Morales nació en Águilas (Murcia) en 1917. En su ciudad natal cursó los estudios primarios y el bachillerato. Ingresó como contratado en el Instituto Nacional de Previsión, logrando más tarde, por oposición, acceder al cuerpo técnico de este organismo. Ya casado, simultaneó su trabajo profesional con los estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Murcia, hasta alcanzar la licenciatura; ello le permitió importantes ascensos en su carrera profesional. Sobrepasados los 50 años, volvió de nuevo a la Universidad, esta vez a la Facultad de Letras, logrando la licenciatura en Historia con una tesina sobre hallazgos arqueológicos en las tierras de Águilas. Atraído por la literatura desde la adolescencia, Felipe Palacios investigó acerca de personajes, lugares y costumbres, de la ciudad marinera y publicó *Estampas de mi tierra: Águilas*. Por otra parte, el estudio de los hallazgos arqueológicos mencionados, le motivaron la ampliación de estas investigaciones, cuyo resultado fue otro libro, titulado *Águilas desde la Prehistoria*. A ellos nos referiremos detalladamente a continuación, así como a otros dos –uno, de poesía, y otro, de recuerdos juveniles- que completan su bibliografía. También dio a conocer dos trabajos más breves: “Los inicios de la Sanidad en el puerto de Águilas” y “La torre de Cope”.



Fue Palacios un hombre extremadamente activo, que intervino en labores radiofónicas, teatrales y musicales. Recordaremos que escribió numerosos guiones para la radio, consiguiendo un primer premio nacional por los emitidos en Radio Juventud de Murcia sobre el I.N.P., y que creó multitud de letras para canciones. Además, cultivó con entusiasmo la amistad y proclamó continuamente su profundo amor a Águilas. Falleció en 1999, dejando el recuerdo de una persona sencilla, cordial y optimista.

Estampas de mi tierra: Águilas (1969) fue el feliz resultado de una afanosa búsqueda de datos sobre la ciudad, a través de conversaciones y documentos; una tarea larga y compleja, en la cual tuvo el autor que seleccionar lo más significativo, sin renunciar del todo a lo anecdótico y pintoresco. En el prólogo lo explicó muy bien: “mi más ferviente deseo va orientado a recoger los valores humanos de nuestras gentes, con su cotidiana labor; eso que se ha dado en llamar *el alma del pueblo*, su esencia más íntima”.

La obra comienza con una “reseña histórica”, como proemio al análisis ambiental y humano. A continuación, el autor examina las circunstancias geográficas – el campo, la costa, la ciudad- y las que llamó “de ambiente social”, en donde incluyó el veraneo, los exploradores, la afición al fútbol, los aspectos religiosos... Pasó después a los aspectos lúdicos –el teatro, el carnaval, las peñas y tertulias...- y realizó un atinado bosquejo de la economía aguiléña: el puerto, el ferrocarril, la pesca, la banca... No excluyó una cumplida descripción de la faceta cultural: la pintura, la literatura, la música, el trovo, la artesanía, la enseñanza... En la parte final trazó las semblanzas de personajes populares –como “El tío Liso” o “Juanico el tonto”-, compiló voces del vocabulario murciano y ofreció algunas opiniones sobre Águilas de personas importantes que han visitado la localidad. También añadió biografías de algunos aguiléños famosos, como el actor Paco Rabal.

Este es, más o menos, el contenido del libro, escrito con amenidad, alternando los datos históricos, documentados, con fáciles anécdotas y sucesos pintorescos. He aquí una descripción viva, ingeniosa, de los viejos balnearios: “Las casetas de baños o barracas, además de la parte destinada a vestuario, se prolongaban en otra exterior, formada por esteras de esparto que entraban en el mar hasta 15 o 20 metros, a modo de túneles rectangulares totalmente cerrados, cuyas paredes quedaban a nivel del agua. Del vestuario se descendía a la arena por una escalera de madera. / Como la natación no estaba generalizada en aquella época, pendían del techo por su línea central, varias cuerdas donde agarrarse. / La gente se bañaba sin salir de allí, pues si las mujeres se hubieran exhibido públicamente con aquellos atuendos tan “impúdicos”, sumamente holgados y que llegaban hasta el suelo... ¡Madre mía, qué escándalo!”

Por encima de lo estrictamente literario, sobresale en el libro el afán exaltador de una ciudad, el noble propósito de que no se olviden sus orígenes, su progreso urbano, sus tipos característicos, sus costumbres, su paisaje... Felipe Palacios se impuso esa misión y la cumplió perfectamente en estas páginas, llenas de recuerdos y peripecias. La obra alcanzó gran éxito de ventas, y el Ayuntamiento aguiléño lo



declaró "de interés local". En un año se agotó la primera edición, y en 1984 se realizó una segunda, con algún breve añadido.

Águilas desde la prehistoria (1982) supuso un cambio de orientación. En esta oportunidad no existía un propósito "literario" sino una intención investigadora. El autor, universitario en segundo empeño, ordenó los numerosos materiales arqueológicos que había encontrado y amplió sus hallazgos en una afanosa búsqueda de datos prehistóricos a los que dedicó su tiempo libre durante varios años. El resultado fue una bien trabajada tesina de licenciatura (con categoría de tesis doctoral, probablemente), que se plasmó después en el libro que comentamos. Empezaba con unas consideraciones sobre Águilas en el marco arqueológico del Sureste español, así como sobre su geografía y recursos; seguía con un inventario de hallazgos y yacimientos, y examinaba el problema que plantea la reconstrucción histórica de la ciudad y su entorno. Tras las oportunas conclusiones, ofrecía el autor una abundante aportación gráfica.

De regreso al ámbito de lo literario, publicó en 1987 un libro de versos, *Desde un rincón del alma*, subtítulo "Momentos poéticos aguileños". Acertado subtítulo ya que su ciudad natal fue la inspiradora de su poesía, en la que ensalzaba gentes y paisajes para, a la vez, "a las cosas pequeñas darle aprecio", como puntualizó en la composición inicial. Estos son los nombres de algunos poemas, que evidencian su inclinación localista: "Hoy he subido al castillo", "Las campanas de mi pueblo", "El carnaval", "Campos de Águilas"...

Predomina como forma métrica el romance -de 8 y de 11 sílabas-, pero con inclusión también de cinco sonetos. Muy emotivo, entre otros, el dedicado a su esposa:

*tú me diste la paz y la esperanza
y el generoso don de tu bondad.*

Muy desigual en el logro poético -porque algunos temas eran de difícil inspiración-, Felipe Palacios transmitió en todos los poemas sus arraigados sentimientos de amor a la belleza de las cosas. Una de sus mejores composiciones, "La playa", contiene estos versos:

*Quiero de nuevo ver amanecer
en los estanques vivos de aguas claras
y admirar la belleza del paisaje
y ver el sol que el horizonte abrasa
y sentirme fundido en el hechizo
de ensueño, de esplendor y de fragancias,
ascua de luz y de color mezclados
que suaviza la brisa en la mañana.*

En 1991 salió a la luz la última obra de Palacios: *¡Adiós, divino tesoro!*, subtitulada "Narraciones de juventud". Estamos ante un libro de memorias, centrado -como se indica- en los años juveniles, y muy concretamente en las peripecias de su etapa militar; larga etapa ésta, ya que, por los condicionantes de la guerra y la



postguerra, vistió el uniforme de soldado durante tres años y medio. Tiempo de dificultades, incertidumbres e incluso temores, pero también de firmes amistades, singulares peripecias y alegres jornadas lúdicas.

Es curioso el planteamiento inicial: siete compañeros de armas, en Gerona, celebran diversas reuniones cuartelarias y en ellas cada uno de los soldados cuenta un relato de carácter autobiográfico, de tono humorístico. Esta especie de *Decamerón* "a la española" otorga al libro, como arranque, un aire gracioso, intrascendente sin duda, pero con el interés que reflejan las historias vividas.

El estallido de la guerra hace reflexionar a Palacios, quien, dejando por un momento su talante optimista, escribe: "los dos bandos —el republicano y el nacional— pretendían solucionar a tiros el enfrentamiento existente entre los propios españoles, hermanos de raza". Y añade: "andaban sueltos y amenazantes las fuerzas del mal —el odio, la incomprensión, la intolerancia, el fanatismo— y desatado ya, sin freno posible, el espíritu cainita propio de estas ocasiones".

Las peripecias de Palacios y sus compañeros son numerosas y están narradas con un estilo directo, como de crónica: "Hacía un frío tremendo, al que no estábamos acostumbrados. A pesar de ello, algunos bajaron al andén y hasta vieron una fuente. Se acercaron para lavarse un poco y resultó que el chorro del agua estaba helado. La mayoría siguió en el tren cómodamente, otros iban revisando la impedimenta y no faltaron algunos recalcitrantes que echaron una última siesta mañanera. / Mientras los mandos militares, en la oficina del Estado Mayor, perfilaban el despliegue de los servicios y la distribución del personal por los distintos sectores (...) se reiteró que habíamos de permanecer en aquel descampado cercano, abierto a todos los vientos en tan crudo día de otoño. Y la espera fue larga, de más de seis horas".

El libro no es, por suerte, un relato de sucesos bélicos, sino las andanzas del autor por cuarteles y campamentos, organizando —cuando era posible— actividades deportivas y culturales. Algunos episodios parecen páginas para un guión de cine de Luis García Berlanga, al estilo de "La vaquilla"; así, la conquista involuntaria (!) del pueblo de Chelva. Otros, como el papeleo burocrático, confirman que la picaresca española no acabó en el siglo XVII ni mucho menos. Y otros, como el frustrado amorío con una guapa moza, revelan que, fiel al refrán, no es oro todo lo que reluce.

En el "Pórtico" o preámbulo advierte el autor que no pretendía "dirigir un mensaje a sus lectores, ni tampoco impartir enseñanzas de ningún género (...); tan solo entretener y divertir, con la excepción de algunas pinceladas sentimentales y hasta dramáticas".

El libro está escrito con espontaneidad, destacando el tono vivo y realista de los diálogos, que parecen transcritos literalmente por su frescor y ligereza. No se narran hechos trascendentales: todo es simple y elemental, sin pretensiones literarias de altura. Pero resulta entretenido y amable, lo cual no es poca cosa. La sencillez, a veces, es una gran virtud en la letra impresa.

